

Centenario: Visita.

Tienen los centenarios la grande—la inconfundible—virtud de resucitar a los hombres al cabo de la centena o las centenas de años de su muerte o de su nacimiento. Entre nosotros y estos ilustres hombres media un espacio salvable. Para celebrar un centenario es preciso anular ese trecho y acercarnos—ellos y nosotros. Pero, ¿somos nosotros los que desandaremos cien, doscientos años para alcanzarlos? O serán ellos los que avancen cien años hacia adelante, para juntárenos? Es de averiguar si podemos nosotros retroceder, si pueden ellos avanzar. Una generación no puede desandar cien años, traicionando su momento. Si lo pretende, si lo hace, llegará exhausta a la humanidad condensada en la ilustridad que busca. Y no podrá interpretarla, ni tendrá siquiera el aliento para hacerlo, porque otra será—cosa impensada—la atmósfera que respire.

En cambio, el espíritu digno de un centenario tiene siempre la virtud de escalonear los siglos. Su marcha es siempre hacia adelante, aunque día llegará en que subir los escalones se le irá siendo más difícil, porque irán aumentando—gradualmente—de altura.

Y así, las más o las menos de las veces—depende esto de su valor humano—puede llegar a nosotros. Como su marcha, contada en tramos de centenas—, ha sido gradual, su respiración ha ido, sensiblemente, adaptándose al nuevo ambiente. Respirará ya, en nuestra época, con reposo. Y entonces,—huésped de nuestro recuerdo y de nuestro pensamiento—consultaremos en él, nuestro propio problema, y el de nuestra época. Lo demás, lo de la vida privada de la humanidad que gira en su torno, su problema doméstico, no nos inquietará casi.

Así celebraremos su visita, su centenario. No habrá necesidad de ir al hombre, habrá que esperar que él venga. Y no cometeremos la imprudencia de embarcarnos en la aventura de hallarlo cien años atrás; habrá que procurarle toda la comodidad—predisponiéndonos espiritualmente—para que se traslade cien años hacia adelante. No precisará ir a encontrarlo; él—no olvidemos que es siempre un gran intuitivo—nos encontrará primero a nosotros.

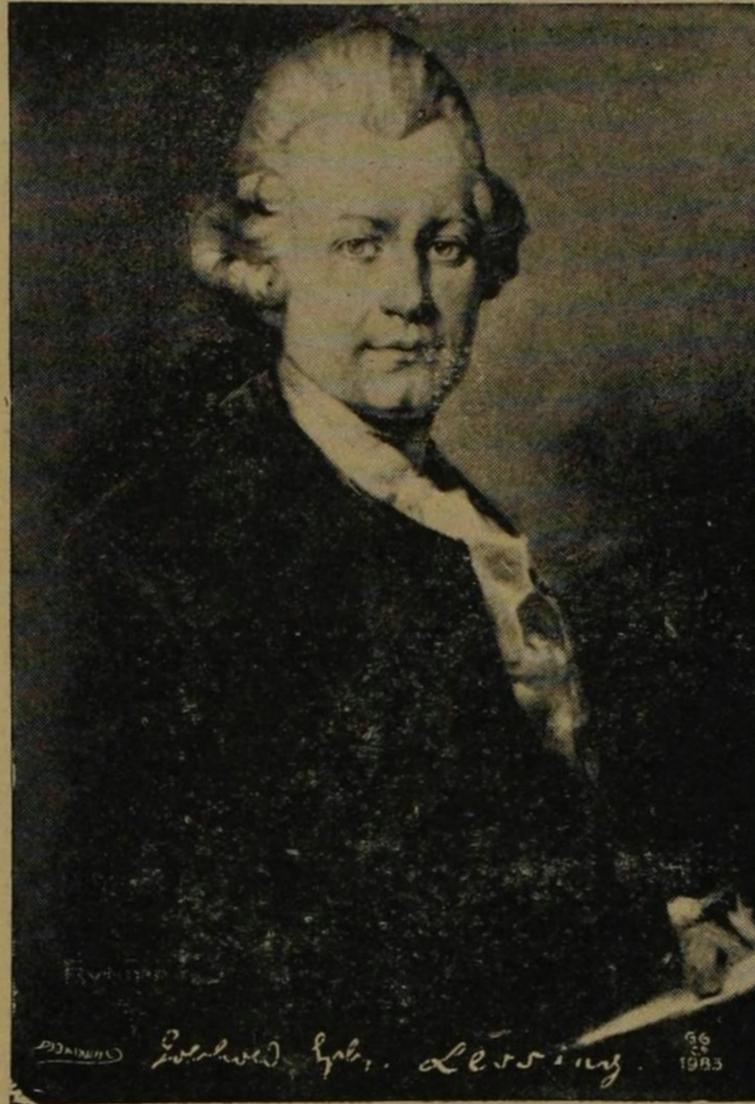
Si alguno se perdió en la tarea de querer encontrarnos, bien perdido está. Posiblemente, fuimos nosotros los que hicimos un quite espiritual y no él el que se perdiera de camino. Seguramente le faltó vitalidad para llegar a nosotros. El destino debe saber disponer las cosas muy bien.

Si centenario es visita, bicentenario será una visita que se repite. Y que se repite a una misma casa y cuyos habitantes, eso sí, se han cambiado. Para Lessing—1729, son estas caras de ahora—1929—muy distintas a las de su anterior visita—1829. Él, sin embargo, siempre halló gente. Otros tras una larga y agotante caminata, encontraron la casa irremisiblemente vacía.

Lessing: Juventud.—En el hombre del centenario ha de afirmarse un espíritu de utopía, un valor de juventud. No el que tuviera, realmente, en su época, sino el que le encuentre o le asigne, al cabo de la centena, la juventud correspondiente. Es muy justo

Tres márgenes a Lessing**(1729—1929)**

= De Nueva Revista Peruana. Lima, Perú. =



que Lessing, en su tercer centenario, tenga otra clase de exaltación o no tenga ninguna.

Así, con relación a Lessing, la nueva generación alemana no festeja al literato, al polemista, al crítico, al filósofo en particular, sino al hombre, al agitador, a Lessing en cuanto espíritu. No el valor literato sino el valor humano. No se interesa—como decía Goethe—por lo que el hombre deja tras de sí, sino por lo que hace y goza y por lo que excita a hacer y gozar a otros... Toda una conciencia inquieta, ansiosa de valores humanos, conduce a ello. La que pertenece a una generación que ha actuado y que ha visto y ve los acontecimientos más incongruentes en un tiempo histórico ínfimo, tenía que decidirse por el hombre. Era la última y la única posibilidad que le quedaba. Posiblemente la única, donde ya todos los otros valores estaban echados. Y con la convicción profunda de volverlos a recuperar.

Acaso fuera de creer la afirmación rotunda de que «la juventud rechaza el orden espiritual de los hombres de Weimar». En declarar que Lessing está más cerca de nuestra época, de los jóvenes, que de los demás clásicos, están de acuerdo una mentalidad universitaria como Dilthey⁽¹⁾, y un crítico literario avanzado como Diebold⁽²⁾. Ya el alma «olímpica» de Goethe no tiene, para los alemanes de hoy, tanta trascendencia. Ellos se inclinan por la tumultuosa—demoniaca—alma de Lessing, plena de inquietudes, de luchas, de comprensiones. Y es quizá Lessing—por

(1) Wilhelm Dilthey, *Das Erlebnis und die Dichtung*. Verlag G. B. Teubner. Leipzig-Berlin, 1916.

(2) Bernhard Diebold en *Frankfurter Zeitung*. Januar. 1929.

su misma grandeza—de los que se escapan del mito de la incompreensión. Lessing fué un combatido, un odiado, tal vez, pero no un incomprendido.

La «comprensión» no es un problema de mayoría, sino de minoría. El comprendido de muchos no lo es nunca. Obra el apasionamiento de la masa y no la inteligencia. Si algo se le comprende es por obra y gracia esclarecedora de la minoría. Sobre todo, el comprendido de los muchos, por su misma generalización, ha dejado de interesar a la inteligencia, categoría de selección. Y, por otra parte, el incomprendido de la minoría, de la inteligencia, es un hombre que carece de sentido vital. Al que no se comprendió una vez—cuando dijo su palabra, cuando fué más humano—ya no se le comprenderá más. Esa «comprensión» que muchos piden a la mayoría viene de su fracaso ante la minoría; la única capaz de comprender. Comprensión implica, pues, negación de muchos y conocimiento de pocos. Éstos—la minoría—serán los únicos capaces de prodigar una verdadera comprensión. Lessing fué el comprendido de muy pocos en su tiempo; hoy es el comprendido de más. Entre el hoy de su valor auténtico y el ayer de su iniciación y de su lucha, hubo un largo trecho en que fué el comprendido de todos—era el «clásico».

Lessing: Inquietud.—En Lessing hubo una constante preocupación religiosa. Había en él la religiosidad del que se rebela contra el dogma. Nuestra religiosidad puede no identificarse estrictamente con la suya. Pero en el fondo, tenemos también la religiosidad del que se rebela contra el dogma político. Lessing no era tanto un místico, cuanto un religioso. Lessing era un exaltado polemista del dogma luterano en lo que tenía, justamente, de no luterano, de traicionero con respecto a Lutero. Predicó la vuelta a un luteranismo más puro, más primitivo, más fiel, en un medio pleno de aspiraciones divergentes, y, por lo tanto, indiferente. Tuvo, así, delante de su activismo, un medio hostil, tal vez, determinante. Su actitud tuvo, forzosamente, que ser independiente. Altera, en poco, el aforismo de Nietzsche: empezar a ser solo era ya principiar a ser grande.

Y así promueve Lessing la más tremenda conmoción, desde los tiempos juveniles de Lutero, en los ideales culturales de la Alemania que se estructuraba. Razón para que sea considerado como uno de los más grandes adalides del «esclarecimiento»—*Aufklärung*—alemán. Era un hombre nacido para su momento histórico. Se inclinaba violentamente a la acción y decía: «Der Buchstabe ist nicht der Geist»—la letra no es el espíritu—y no tenía la serenidad suficiente, la calma, para escribir una obra con la perfección acabada que anhelaba para la suya el «faústico» Goethe. De aquí que Lessing se dirija, antes que nada, a los principios y no a las formas, al espíritu y no a la letra. Y es este el sustentáculo de su crítica: derribar los principios falsos y llevar a efecto la investigación filosófica de la verdad, prescindiendo, muchas veces, de su actividad literaria que relegó a segundo término